

EL HUASO, CABALLERO CRISTIANO Y CHILENO

CRISTIÁN GARAY VERA

Universidad de Santiago de Chile

RESUMEN. El jinete es una figura prototípica en buena parte de los países americanos, y más allá de su condición circunstancial hay que visualizarlo tanto como una forma de vida como una expresión vernácula. En la crisis de identidad pos Independencia el jinete recordaba esa forma de vida hispánica que es criticada por el liberalismo europeizante. Precisamente porque el jinete es una reminiscencia del caballero español, el huaso, el jinete chileno, empieza a ser reivindicado en el siglo XX como un signo de identidad nacional a la vez que como resistencia del Chile profundo ante el Chile urbano, precisamente cuando el país cambia su forma rural por la concentración en ciudades.

PALABRAS CLAVE: Jinete americano, Huaso, Chile, Costumbrismo, Folclore.

ABSTRACT. The rider is an archetypal figure in good part of the American countries, and beyond his circumstantial condition it is necessary to visualize it as much as a form of life as a vernacular expression. In the crisis of identity pos Independence the rider reminded this form of Hispanic life that is criticized by the liberalism europeizante. Precisely because the rider is a reminiscence of the Spanish «caballero», the huaso, the Chilean riders, starts being valued for the 20th century as a sign of national identity simultaneously that as resistance of the deep Chile before the urban Chile, precisely when the country changes his rural form into the concentration into cities.

KEY WORDS: American rider – Huaso – Chile – Folk literature – Folklore.

El jinete, prototipo del mundo indiano

Hay un elenco de formas sociales inherentes al paisaje americano que se llaman a lo largo de la geografía americana charra, llanera, gaucha y huasa. Son unas formas sociales que estructuradas en el proceso de conquista y colonización dan nacimiento al mundo hispano en América y enriquecen la identidad española. Se podría argumentar como hace Francisco Elías de Tejada que esas formas variopintas eran comunes incluso en Europa a una Hispanidad transpireneica extendida desde el Franco Condado hasta el Reino de Nápoles. Pero al fin y al cabo esas expresiones no estaban asociadas al desafío de conquistar el espacio que se plantearon los españoles al llegar a América y que no habrían podido cumplir de haberse reducido a sus solas fuerzas, como eran los modelos precedentes de enclaves.

Por otro lado el jinete americano queda revestido desde su modelo medieval de una condición especial, por cuanto el jinete deriva del caballero, y los caballeros se ligan a la hidalguía. Jaime Eyzaguirre en su *Fisonomía Histórica de Chile* hace mención precisamente a esta cuestión, planteando que las dos formas inherentes al mundo hispánico han sido el santo y el hidalgo. Ambos están traspasados en forma diversa por el ansia de lo sobrenatural. Ahí donde el santo es contemplación, el hidalgo es acción; donde el santo es estar en este mundo viendo las primicias del otro, el hidalgo ha de actuar en la realidad aunque morigerado por su afán de justicia y honra.

En *El Quijote* el hidalgo se ha extremado, pero no ha desfigurado su esencia. Es un desenredador de entuertos, un justiciero, un soldado de las causas perdidas pero nobles. El hidalgo además vive en tránsito hacia esa vida eterna, de modo que conjuga su honor con la ausencia a veces de condiciones materiales, una suerte de raída pobreza. Hidalgo no es sólo una condición social sino una forma de ser. Como dice Eyzaguirre: «Hidalgo es el que tiene un ideal que ajusta su existencia, sin que las transacciones

interesadas o el temor le reduzcan el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos ya tildados, sino el que vuelca hasta afuera el hondo contenido del alma. Y es que el hidalgo, expresión suprema de la raza, guarda en ésta toda su filosofía de la vida, su conciencia de la igualdad esencial y alta dignidad de la especie humana». ¹ En suma, el hidalgo persigue el honor porque «es una cualidad inherente a la naturaleza humana, la expresión visible de su dignidad intrínseca, de él participan todos, nobles o plebeyos, ricos o miserables», como «patrimonio del alma que se debe sólo a Dios, en la definición de Calderón». ²

Los signos visibles del hidalgo eran su espada y su caballo. Aunque en América en principio solamente los conquistadores llegan con sus caballos, su multiplicación permite la difusión del animal y del arte de cabalgar. El jinete armado también se torna vecino y trabajador, y de esa forma los ideales del hidalgo pasan a ser patrimonio del jinete americano. Sin espada, que ya no se necesita porque la Monarquía prodiga justicia; o, cuando ésta falta, basta en circunstancia ordinaria el puñal o facón. El código final del huaso, como el de sus compañeros americanos es un código cristiano y tradicional, español en su condición última, aunque se pueda revestir de mestizaje e incluso de indio.

Por otro lado es un personaje agrario, ligado al desarrollo de las actividades productivas, cuya belicosidad está restringida a episodios concretos, pero que está diferenciado del soldado.

De modo que estamos frente a un problema doctrinario y no folclórico o vernáculo, ya que la esencia del huaso no es una cuestión folclórica de solo costumbre sino que está relacionada con un *corpus* de ideas cuyo origen es la formación de la sociedad hispanoamericana. Y que en cada país adopta una forma nacional, local,

¹ Jaime EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, 3ª ed., Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1973, p. 18. (1ª ed., México, 1948; 2ª ed., Santiago de Chile, 1958).

² EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, cit., p. 19.

sin embargo ligadas entre sí, ya que el charro, el huaso, el gaucho, o el llanero son en su origen respuestas a la imposibilidad material de dar forma a un mundo idéntico al español, y a la emergencia del mestizaje como una realidad propia de la conquista de América. Necesariamente hay que concebir la asistencia y la integración con la base material que era la población. No es por casualidad sino por signo decisivo de este proceso histórico en que surgen formas sociales nuevas y esencialmente mestizas.

En la Europa caballerisca la cabalgadura es un privilegio. Está en el origen de la visión estamental al dividir la sociedad en caballeros y villanos. En América, desde un principio, los piños de caballos sueltos se encargan de proporcionar equinos a los grupos indígenas, y esto es igual desde las praderas norteamericanas —de donde vienen los célebres *caballos pintos*— hasta las huestes montadas de los mapuches. Si esto era válido para los indígenas con mayor razón es aplicable a la integración étnica, pues es natural que los mestizos monten y formen agrupaciones, ya sea como mano de obra libre o como, en el caso chileno, asociado a la hacienda. De modo que montar a caballo fue una forma de relacionarse con un medio que excedía el marco geográfico convencional del escenario español y me atrevería a decir europeo.

Por otro lado las figuras que vemos nacer —huaso significa en quechua *hombre a caballo*— están ligadas a la actividad ganadera, y por tanto nacen con un sesgo agrario que se hará más ostensible cuando las naciones americanas después de la independencia se tornen más urbanas y juzguen cierta incompatibilidad entre el canon liberal de sociedad y lo que ellos perciben como resabio del mundo hispánico. De modo que a la primera objeción que eran formas incompatibles con la civilización, partes de una barbarie profunda (Sarmiento), se sucede otra más sutil que la reduce a expresiones estéticas y costumbristas sin mayor importancia en la sociedad actual; inclusive una tercera, que la presenta como parte de una sociedad desigual y opresora, en lenguaje neo marxista.

Guaso, gaucho y huaso³

Indudablemente para el viajero europeo lo primero que se denota es la impronta mestiza del jinete americano, y en esto, sobre todo en sus comienzos, no es diferente el caso chileno de sus símiles venezolano o argentino. Incluso un estudioso chileno, Tomás Lago, recalca esa misma visión, pese a que al día de hoy el huaso tenga una fisonomía más española⁴ que en sus cuatro siglos anteriores: «Con su chamanto [manta] de vivos colores que llamea al viento, las espuelas metálicas y juguetonas, y su rostro mongólico y curtido, el huaso constituye un elemento esencial en el campo chileno. Preponderante y típico en algunas regiones, escaso en otras y desconocido en algunas, no por eso deja de ser chileno absoluto y total».⁵

En segundo lugar y pese a la advertencia de Lago, el huaso es una especie del género del vaquero americano⁶, y es único solamente en su expresión concreta, nacional. La primera observación es que la coincidencia fonética entre huaso y gaucho alude en verdad a una raíz etimológica e histórica en común, cuando el jinete

³ Parte sustantivas de estas reflexiones se originan en el material empírico del libro de Alberto CARDEMIL, *El Huaso chileno*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999. Referente indiscutido en el tema es también Tomás LAGO, *El huaso. Ensayo de antropología social*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1953.

⁴ Nos referimos desde luego a la españolización del traje hasta asimilarse al *señorito* andaluz, como al hecho de que por su coste es primero asumido por los propietarios agrícolas, por lo que se vuelve más criollo que mestizo. Esta españolización no es casual, sino que responde a una reacción de la sociedad chilena frente al afrancesamiento y a las influencias británica y alemana de fines del siglo XIX.

⁵ El rostro mongólico alude al ancestro indígena del huaso. LAGO, *El huaso. Ensayo de antropología social*, cit., p. 3.

⁶ Empleamos la expresión americano en su integridad, porque incluso la sociedad estadounidense (no la canadiense) es influida por estas formas del mundo hispánico y estructuran el vaquero local, el cowboy, bastante más beligerante. Se traspasa por la influencia de Tejas, del que adopta sus botas y atuendo. Por lo demás varias expresiones del cowboy provienen del castellano: así *rodeo*, *bronco*, *lasso*, *mustang* (de mostrenco o sin dueño), y *bucarroo* (vaquero).

de uno y otro lado de los Andes, por estos lados de América, era idéntico.

Y eso ocurrió entre los siglos XVII y XVIII, cuando ya hay una masa de caballos disponibles para las actividades productivas y para definir la forma de vida del hombre americano. Una primera imagen del huaso se fecha en 1743 cuando Jorge Juan grabó un dibujo del huaso laceando en su famoso libro *Viaje A Sudamérica de Jorge Juan y Antonio de Ulloa*. Es ésta, en realidad, una imagen que se reitera con singularidad en el suelo chileno y que está en continuidad con el cuadro *El Huaso y la Lavandera* de 1835, del alemán Johan Moritz Rugendas (1802-1858), que se exhibe en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile: pantalón bombacho, manta y sombrero alto circular.⁷ El retrato se reitera en el grabado del español Recaredo S. Tornero de 1872. Es del todo semejante al gaucho argentino, con quien comparte las rutas de trashumancia del vacuno.

De hecho una de las primeras menciones de un gaucho es, en realidad, la de un guaso chileno. Se trata de una acuarela de Ravenet denominada *Guazo de Buenos Aires*, fechada en 1794 y que se contiene en la *Descripción del Reino de Chile y el Perú* atribuida a alguno de los integrantes de la expedición de Malaspina y que fue editada en Madrid por Pedro Novo y Carlson en 1885, y más tarde por Bonifacio del Carril en Buenos Aires, en 1958. Guazo (sic), huaso y gaucho le parecen al viajero una misma cosa.

Lo que la Monarquía unió, evidentemente lo separará la Independencia. La misma configuración del jinete a uno y otro lado va desapareciendo hasta adoptar rasgos propios de cada ladera de los Andes. Por ejemplo mientras el jinete chileno está sentado sobre una silla por lo alto, el argentino monta sentado sobre su *recado*.

⁷ El escritor Jotabeche recalca que «al norte de Lontué, se extiende nuestra provincia cosaca, la 'huasa' Colchagua... ¿Qué cosa más notable que *los enormes sombreros de sus campesinos?*...»

Las diferencias nacionales explican que desde finales del XIX emerja una corriente que trate de estandarizar su vestuario. Empezia a esfumarse el pantalón bombacho (ya definitivamente asociado al gaucho), también se recalca la manta cuadrada, si bien todavía es a veces bastante tosca. En cuanto al tocado, asume algunas formas excéntricas como la del sombrero del Huique, proveniente de la hacienda homónima del Valle Central, que es tejido con fibra vegetal y alargado en su punta. En esta etapa de búsqueda Cardemil documenta fotográficamente varios patrones de fundo con vestuario mexicano, que luego es sustituido por trajes peninsulares, y que es parte de una recuperación más general de la sociedad chilena de sus raíces españolas, que se da también en el teatro, la admiración por el folclore y el arte de España.

En síntesis frente a la fisonomía definitiva del gaucho, mucho más temprana que la chilena, el huaso formaliza su aspecto a partir de principios del siglo XX cuando se adopta por el señor del campo el traje del señorito andaluz. Traje oscuro de tela, pantalón y chaqueta corta, camisa blanca, lazo en el cuello, sombrero de ala recta, y como aprestos americanos, la manta cuadrada sin flecos, la bota alta ricamente adornada, los arreos de plata, como era tradición entre españoles y mapuches que los usaban profusamente. En suma la actual vestimenta huasa surge del patrón del fundo (hacienda), y desde ahí se socializa al resto.

En cuanto al detalle de su vestuario lo propiamente chileno es la forma de la manta y el chamanto que no tienen flecos y suelen ser rectangulares. El chamanto solo se usa en día de fiesta, su confección es encargada a una chamantera y puede demorar meses, y sus dibujos son hechos al telar e incluyen la hoja de parra, la espiga del trigo, el copihue. El chamanto es reversible y está orillado por una cinta que va por el borde. Con el tiempo se ha hecho más delgado y menos grueso. La manta por otro lado es gruesa y precave de las bajas de temperatura en la noche y madrugada, y del frío y la lluvia en los meses de invierno. Dependiendo de la estación su tejido es más o menos denso.

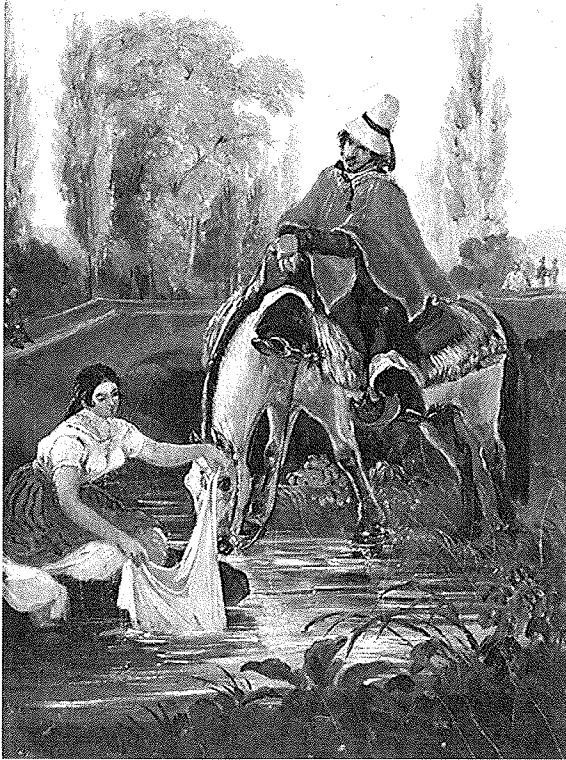
El espacio del Valle Central

Ciertamente hay un escenario del huaso. Actualmente esto no es tan notorio, ya que hasta en regiones históricamente dispares del clima templado del Valle Central hay huasos. Pero los historiadores consideran al huaso producto de la depresión intermedia, que generan los valles transversales, que conforman una unidad espiritual y geográfica genéricamente referida como Valle Central. Este espacio prototípicamente chileno, asociado a la capital y las ciudades más pobladas, va creando espacios habitables en toda la zona que media entre Valparaíso hasta Concepción. Pero también se puede extender a otros valles: los transversales del norte (Elqui, Limarí y el Choapa), hasta en el sur los lomajes de Cañete y Contulmo en la Araucanía. Es cierto que hoy día hay huasos y clubes de rodeos incluso en la Araucanía, Los Lagos y Aysén, lugar este último donde el arriero vestía característicamente del llamado «modo argentino».⁸ Para Lago «la zona propia del huaso chileno, aquella en la cual se formó y en la que ha existido y existe con sus rasgos típicos, es la zona central, que abarca hoy las provincias de O`Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Linares y Maule»⁹.

El huaso cabalga sobre un caballo de origen moro norafricano, como es la tradición ecuestre española. Se monta sobre una silla alta, y sus piernas permanecen rígidas. El jinete utiliza el movimiento a la rienda para manejar al caballo. Su animal es el llamado caballo chileno —descendiente del español traído en la Conquista—robusto, de poca alzada, fiel. El caballo estaba acostumbrado en la crianza a ser dócil. En el espacio chileno esa característica era fundamental debido a que se trata de una topografía accidentada, donde no hay llanuras. Debido a la Guerra de Arauco (incluso an-

⁸ Aclaremos que esto era desde el punto de vista del Valle Central, pues lo cierto es que vestía de modo regional, patagónico, común a ambos lados de la cordillera.

⁹ LAGO, *El huaso*, cit., pp. 51-52. El autor se refiere a las actuales Regiones VI y VII de Chile núcleo del Valle Central.



El Huaso y la Lavandera (1835) de Juan Mauricio Rugendas.

tes, a comienzos de la Conquista, ya que Francisco de Villagra trajo 500 ejemplares) soldados y caballos afluyeron en riada incontenible para marcar la frontera del sur.

La cabalgadura se extiende en Chile por la guerra. En 1685 los mapuches batallan con miles de cabalgaduras. El cronista Alonso González de Najera subrayaba que andar en ellos les daba prestigio, y no escatimaban en proveerse materiales para la montura, tanto españolas como propias, utilizando barba de ballena, cuero, plata, y cuerdas. No es de extrañar entonces que la Guerra de Arauco sea fundamentalmente de movimientos, de incursiones

rápidas, es decir una guerra montada. A consecuencia de ello, toda la sociedad chilena, que por entonces emergía, adopta el caballo, ora el criollo (el descendiente de españoles), ora el mestizo.

Una figura criolla

En forma sintética el «huaso o guaso, es el jinete criollo chileno».¹⁰ Pero en toda la América española y hasta en la portuguesa (piénsese en el gaúcho de Río Grande do Sul), campearon estos vaqueros. Unos son libres, como el llanero venezolano, el gaucho argentino, el charro mexicano; y otros, en cambio, como en Perú (el chalan) y Chile se adscriben a la hacienda. Todos son fruto genuino de la cultura americana, que no es ni india ni española, sino americana producto de la mezcla racial cultural y anímica del nuevo paisaje que pueblan.

Esta impronta del *hombre a caballo*, como se caracteriza al huaso, se extiende a sus congéneres. En Uruguay la fundación del país se hace en carretas por José Gervasio de Artigas y los 33 orientales que establecen la República Oriental del Uruguay en las márgenes de la Banda Oriental, última posesión de la cultura española en el Plata. Las imágenes del héroe, siempre de manta, revelan la rotundidad de la vida campesina como esencia de la identidad uruguaya.

Por otro lado Simón Bolívar, el líder de la Gran Colombia, vestía y vivía al modo llanero; aunque los Llanos en Venezuela representan solo una pequeña parte del país, bastante despoblada, caracteriza al ser nacional. El llanero era aguerrido, y formó parte de las unidades del Ejército independentista y también fue protagonista de las huestes del Rey.

Hombres a caballo eran muchos caudillos que como el Cid conducían su mesnada: Juan Manuel de Rozas, Facundo Quiroga

¹⁰ CARDEMIL, *El Huaso chileno*, cit., p. 13.

el Chacho Peñaloza, Güemes y Nazario Benavides en Argentina o Emiliano Zapata y Pancho Villa en México.

La Guerra de Independencia y sus estertores, como la Guerra a Muerte, explican la transformación del huaso en guerrero, actividad temporal y hasta poco afín al espíritu del mismo. Así los huasos que acompañaron a San Martín y O'Higgins en la victoria en Maipú, eran una excepción en la historia del huaso, que cuando usó armas fue en defensa de la propiedad y de la vida, pero no como acompañante *per se* de su indumentaria.

El huaso está ligado a las labores agrícolas y ganaderas de lleno y el vagabundaje fue una situación especial. Por ello acota Cardemil que el huaso «no posee la misma abundancia de expresión épica que los tipos sudamericanos de la llanura: aquí la expresión ecuestre rural no se dio en función del espacio ilimitado y salvaje del llano y sus caudillos, sino en la hacienda organizada y más próxima a la civilización.» Por contraposición, la figura popular y guerrera en Chile es el roto¹¹. Es al roto al que se la asigna la bravura y la participación en guerras, «es un hecho —concluye Cardemil— que la épica ha corrido más por cuenta del roto que del huaso».¹²

Por cierto que hay una corriente que recupera una narrativa, literaria primero pero ahora fílmica también, que liga al huaso con el bandidaje. Se identifica al huaso sobre todo en su versión «costina» (de la costa) como un jinete avezado y furioso. Se invoca el nombre de los Pincheira, acerca de los cuales acaba de salir un documentado libro en Argentina¹³, y otros varios rebeldes como

¹¹ El roto es la figura popular de Chile, corresponde al hombre sin empleo ni domicilio fijo, que es hábil para toda suerte de trabajos menores, y que lo mismo trabaja poniendo vigas para el ferrocarril que en la construcción o en la hacienda. Llegó a ser el prototipo del chileno generoso y valiente en la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana. La expresión «roto» proviene del hecho que cuando el conquistador Diego de Almagro regreso a la corte en Lima, derrotado por no encontrar oro en Chile, tras un viaje largo y penoso, fue recibido con sus ropas andrajosas.

¹² CARDEMIL, *El Huaso chileno*, cit., p. 129.

¹³ Por cierto nada afín al ambiente destructivo y anti criollo del que hemos hecho mención; véase el estudio del argentino José Manuel GONZÁLEZ, *La cueca larga de*

Neira, nombrado Coronel del Ejército patriota. Varios historiadores como Luis Galdames, Mario Góngora, René León Echáiz, José Bengoa y recientemente Gabriel Salazar destacan esta marginalidad, pero el huaso más que ser bandido reprimió este fenómeno que le afectaba en su casa, labor y trabajo. De hecho, si empuñó las armas, fue excepcional, y ha quedado registrado en su haber la protección armada para el cura y su administración del sacramento a los enfermos, que da origen a la fiesta de Cuasimodo. En esa ocasión el huaso se saca el sombrero y se anuda un pañuelo y decora sus caballos y carruajes con flores.

El rodeo, fiesta huasa

Así como la tonada y la cueca, dos ritmos musicales, uno más grave y lento, el otro más rápido y chispeante, son parte del patrimonio huaso, desde la década de los 1930 se desarrollan series de actividades que enfatizan su pertenencia al mundo agrícola. Una de ellas es la conversión de la trilla —separar el trigo de la paja— en una fiesta primero y en un deporte después. En el curso del tiempo la trilla quedó como un recuerdo y fue asociada más al ejercicio de dominar al animal y de controlar a las vacas en su entrada. De esta tarea campera nació la costumbre de ejercitar la habilidad, obteniendo puntos por la manera de hacerlo, atajando la vaca en una medialuna que recuerda la trilla.

El rodeo fue la expresión misma de la identidad huasa, y adquirió en el siglo XX carácter de deporte nacional. Pero su origen es claramente español y está ligado a marcar y beneficiar el ganado. La primera norma fue ordenada por el Gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza (1557-1561), quien dispuso que cada 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, patrono de la capital chilena, se reuniera el ganado en la Plaza de Armas de Santiago para seleccionarlo.

los Pincheira. Una montonera realista en la independencia suramericana, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2009.

Posteriormente el Cabildo hizo obligatorio ese rodeo y, sin variar el lugar, ordenó un cambio de fecha, quedando para cada 7 de octubre, día de San Marcos. Para realizar este acto había que contar con jinetes y caballos que llevaran los animales. Dado el carácter festivo que adquiría la actividad a finales del siglo XVII se empezó a reglamentarla. En primer lugar la pista donde se separaba el ganado tomó forma rectangular con una longitud de 75 metros. Los jinetes sacaban los vacunos desde los corrales, pero en la pista central mostraban sus habilidades para llevar su piño sin ayuda; esta acción fue reglamentada y supuso premios para los más hábiles.

Un siglo después, en 1860 se cambia del escenario rectangular a la medialuna, dentro de ella se encerraban 30 cabezas de ganado. Cada pareja de jinetes debía sacar al animal. Más tarde se instalaron las quinchas, donde el toro o el novillo elegido debía ser conducido, y cuando al ser detenido se inaugura la atajada; esta última empezó a ser calificada de forma negativa o positiva.

Por otro lado y respecto de las cabalgaduras, finalizada la Independencia se extienden las crías y la domadura, y los caballos chilenos son la norma, pero en la década de 1860 cundió la moda de introducir razas más grandes como los percherones (para el trabajo) y los árabes (para las carreras). Esto afectó el valor del caballo chileno que fue jerarquizado en la fiesta huasa por excelencia, el rodeo. La valorización del caballo chileno cobra importancia cuando el 20 de agosto de 1893 se abrieron los *Libros del Registro Genealógico de la Raza Criolla*.

Otro paso fue dado en 1927, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, en el que se promulgó la ley que rige las corridas en vacas, quedando el rodeo chileno bajo la tutela de la Dirección de Fomento Equino y Remonta del Ejército. La institución castrense dispuso para su celebración que en cada rodeo se corrieran dos series exclusivas para reproductores fina sangre chilena, calidad dada por los registros genealógicos, en esa época responsabilidad de la Sociedad Nacional de Agricultura. Desde ese instante el rodeo pasa a ser expresión de patriotismo y recobra su prestigio en todo el país, incluso en aquellos lugares extremos donde por clima no había huasos.

En 1946 se creó la Asociación de Criadores de Caballos Chilenos. Pero discrepancias internas explican la creación el 22 de mayo de 1961 de la Federación del Rodeo Chileno de la Asociación de Criadores de Caballares. Como rama deportiva la Federación del Rodeo Chileno obtiene inmediatamente su personalidad jurídica el 26 de septiembre de ese año, por el Decreto N° 4008 del Presidente Jorge Alessandri Rodríguez. La Federación además asumía un aspecto de la crianza del caballo chileno y controla su admisión al deporte.

Un año después el rodeo fue reconocido como deporte nacional el 10 de enero de 1962, por Oficio N° 269 del Consejo Nacional de Deportes y Comité Olímpico de Chile. En 2010 la Federación se compone tiene cerca de 10 mil afiliados, más de 300 clubes, y 34 asociaciones, desde Atacama a Magallanes. Agrupa, a más de trescientos clubes que realizan igual cantidad de rodeos entre agosto y abril de cada año.

Para realizar el rodeo es necesario ser parte de un club, cada uno de ellos —famoso es el Gil Letelier que todos los años presenta un cacho de chicha al Presidente de la República durante la Parada Militar— debe tener al menos 30 socios, y debe realizar al menos un rodeo en la temporada oficial. Se realiza al final del año un Campeonato Nacional de Rodeo en la ciudad de Rancagua.

En cada competencia se arman las «colleras»: dos jinetes y sus cabalgaduras, que en su desempeño deben al iniciarse el proceso, reunir quince puntos y ganar, a lo menos, un rodeo para posteriormente acceder a los rodeos clasificatorios, antesala del Campeonato Nacional; ellos están divididos, a partir de la ciudad de Talca, en las zonas Sur y Norte, ambas con sus respectivos repechajes. De las 200 colleras se seleccionan las que van a la gran final de Chile en la que solamente los ganadores del primer, segundo y tercer lugar, inscriben sus nombres y los de sus cabalgaduras en el libro de oro del rodeo. El calendario oficial se compone de más de 300 rodeos al año.

Pero esta expansión del rodeo no ha sido sin resistencia. En la década del 90 del siglo pasado se empiezan a advertir críticas, en nombre de movimientos de protección a los animales, al supuesto

castigo de los vacunos. Se cuestiona que el castigo (golpe) al novillo sea lo que se busca por los jinetes, cuando los golpes violentos y mal dados aparejan el descuento de puntos e incluso la descalificación. Se trata de atajar, no de golpear. Por este predicamento, el adiestramiento del caballo es concienzudo, o como se dice en lenguaje huaso, que el caballo está «arreglado». Esto proviene de las reformas de los años 50, cuando algunas atajadas violentas resintieron el aporte de ganado de los propietarios y se estableció un sistema de jueces. La atajada debe efectuarse sin violencia y con elegancia.

Si en fin, hemos considerado el rodeo es porque explica a la par que su vivencia campesina su influjo urbano, en la medida que se lo estima como deporte, del mismo modo que en México se aprecian las charrerías. En este caso la comparación es muy pertinente, pues, al igual que en Chile, las asociaciones de charros han mantenido las tradiciones en las ciudades y su visibilidad en el escenario contemporáneo.



*Estatua del Roto Chileno en Plaza Yungay (Santiago de Chile).
La figura del roto es contrapuesta a la del huaso y generó la
Canción de Yungay por una victoria en Perú.*

La polémica del huaso

Como decíamos al principio la figura del huaso ha sido objeto de reflexión y crítica desde su aparición. Ya en 1782, en la más antigua reflexión que se conoce, el jesuita Juan Ignacio Molina advertía que el huaso estaba a medio camino entre el salvajismo de la libertad absoluta y los conceptos de civilización, aunque resaltaba su apego a la propiedad y el respeto a la autoridad, prefigurando el lazo que uniría al huaso y la hacienda.

Pero en el siglo XIX esta crítica se hizo más enérgica. Para los liberales ciudadanos el huaso era el prototipo de un modo de vida que había que sustituir por el estilo de vida en las ciudades, pues en el campo se guardaba la esencia de la autoridad tradicional, es decir de la Iglesia y el españolismo. También fue la misma crítica que se realizara en Argentina, considerando al gaucho como el prototipo de aquello que la civilización liberal quería eliminar. Si en *Martín Fierro*, de José Hernández, se desnuda de qué modo al gaucho se le colocan cercas y se le aprisiona, llegando al fin el Ejército para ponerlo en cintura; en Chile la inquina es más sutil. Huaso pasa a ser sinónimo de bruto, de poco urbanizado, de simple. En la revuelta que las formas urbanas colocan contra las rurales, huaso pasa a ser una figura marginal del Chile que se proyecta como país industrial y de servicios. Decir que es huaso denota ausencia de formas finas, un carácter *acampado*, recio y simple.¹⁴

Pero cuando en Chile hacia 1950 la urbanización se convierte en fenómeno dominante, la figura del huaso resurge idealizada. Así se forja una visión idílica de la vida del campo, sobre todo en grupos de cultores de la cueca y la tonada, dos ritmos populares

¹⁴ Contrariando la presunción ciudadana, de que el huaso no conoce la educación, en su viaje por España con ocasión del V Centenario del Descubrimiento de América, la delegación oficial hacía conocer un instructivo el 9 de abril de 1992 para la Feria Universal Ganadera en Salamanca. «El huaso se saca el sombrero cuando saluda a las señoras o a las autoridades, o a las banderas chilenas o extranjeras o a gente de respeto, vaya a caballo o a pie».

clásicos. De algún modo los huasos de la música representan el resguardo de la tradición frente a la modernidad. Y por eso florecen los grupos de cantores: aparecen los *Cuatro Huasos* (1927), los *Huasos Quincheros* (1937), los *Huasos del Algarrobal* (1966) y tantos otros, con canciones melancólicas (a veces también alegres) que contraponen el hombre del valle central al habitante urbano. Contrastan la vida agitada de la ciudad con la del campo, el gusto por lo simple y sencillo frente a lo complejo y a la premura del tiempo, la sabiduría de la vida frente al proceso monocorde de la vida urbana.

Con el tiempo, los Huasos Quincheros han pasado a ser el emblema de esta música y es interesante lo que nos dice su etimología. La quincha es una parte de la zona donde el novillo es detenido por el jinete y su cabalgadura en el rodeo chileno. La palabra proviene del término quechua «quincha», que significa unión. El *quinchero* es por extensión el que fabrica la mezcla de paja y barro, cubierto por una lona, que representa la unión que ha mantenido al grupo de cantores.¹⁵

A fines de 1960, en plena contracultura de los hippies y el marxismo, la figura del huaso es elegida para representar valores conservadores y, en consecuencia, surge como respuesta la exaltación de los usos folclóricos de las zonas del norte chileno, más ligadas a la cultura andina que el Valle Central. Es el modo de insertar en la identidad chilena la vertiente aymara, hasta entonces poco significativa en la construcción de la identidad nacional. Es que en el huaso hay una tendencia al orden, reflejada incluso en su vestuario, que es como el patrón del fundo, además de que en las formas inveteradas de su existencia caminan de la mano de la religión. No es extraño entonces la contraposición política entre la cueca idílica de los cantos de los huasos y el cantar lastimero y de protesta que desde Violeta Parra, Patricio Manns, Víctor Jara, se proyecta en la militancia ortodoxa de Quilapayún o Inti Illimani.

¹⁵ Benjamín MACKENNA BESA y otros, *Andanzas de Cuatro Guitarras. Quincheros*, Edebe, Santiago de Chile, 2003, p. 9.

Más recientemente, y proyectando los propios miedos urbano-modernos, las telenovelas han adoptado una vertiente literaria que caricaturiza al huaso, mostrándolo como bandido, introduciendo una mirada moderna y espuria sobre el señor de hacienda, introduciendo la violencia en las relaciones sociales, expresión ideológica de las críticas modernas al señorío¹⁶. Donde el huaso era en realidad un enemigo del bandidaje y cuatrерismo, se le convierte en un cowboy armado dentro de la escenografía de un Chile preterito pero con los dilemas y preguntas de hoy en clara anacronía. Una mirada política, claramente intencionada para desnaturalizar la vida campesina de Chile, la más tranquila de las repúblicas sudamericanas, y casi la única que no conoció revueltas agrarias.

Pero a despecho de esta crítica, la forma de vida característica del Valle Central ha forjado la identidad de Chile, y ello no ha cambiado sustantivamente. La forma de ser del huaso, en lenguaje popular «acampado» (propio del campo), refleja valores humanos relevantes, y cierta jerarquía basada en el comunidad de la labor agrícola, no exenta de ánimo crítico e iniciativa. Quizás por eso en los modernos 2000 se han añadido a la crítica del huaso no solo los argumentos de la protección animal, sino los de género. contra el machismo, aunque haya rodeo de mujeres.

Conclusiones

No hay dudas que el huaso ha sido la figura prototípica del chileno, y que en su andar descubre sus ancestros españoles y su naturaleza esencialmente criolla y mestiza. También ha sido un

¹⁶ La estación televisora estatal, Canal 7, bajo el dominio de la Concertación de Partidos por la Democracia, emitió primero *Los Pincheira*, tomando como excusa a los denominados «bandidos» realistas, y luego *El señor de la Querencia*, con una imagen de un latifundista lascivo y violento que muchos creyeron verídico. Muy distinto del cuadro más intimista (y también machista) del gran escritor Eduardo Barrios, autor de *Gran Señor* y *Rajadiablos*.

personaje ligado al orden de la hacienda, poco dado a la violencia, y pariente de otros vaqueros en el continente. No ha sido, como en otras tierras americanas, el jinete libre de las llanuras ilimitadas, que no las hay en Chile, y eso explica su ausencia de épica. Pero aunque sea de a pie, el huaso no pierde su carácter agrario. Como tal, guarda un fondo espiritual propio del Chile viejo y tradicional. La Iglesia, el orden y la estabilidad, son señas inmateriales de un patrimonio que va más allá de la cueca y la tonada, el chamanto o el rodeo. Señas, al fin y al cabo que conectan al huaso con el orden de un pasado que se gestó en la conquista española y que la trasciende, pero no oculta ni niega sus veneradas raíces.

En el huaso —y por extensión en el charro, el gaucho o el llanero— palpita lo arraigado de una forma de ser que, cruzando el océano, se trasplantó, se adaptó y se convirtió en algo distinto de su matriz al contacto con la realidad y la mujer americana. Del diálogo con sus paisajes surgió una identidad propia, particular, pero a la vez universal por americana.